

**Pueblismo.**

(Que podría ser prólogo.)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1626 MONTERREY, MEXICO

La compañía siciliana de Grasso tiene un repertorio de obras dramáticas en las cuales es el pueblo, con sus pasiones y con sus anhelos, con sus virtudes y sus vicios, con sus dolores y sus alegrías, con sus diversiones y sus miserias, personaje único, asunto principal.

¿Será así porque las condiciones físicas y artísticas de Grasso se adaptan, mejor que á otra alguna manera, á las propias de la gente del pueblo?

Tal vez haya influido la hechura material y el rudo temperamento psicológico del admirable comediante en la elección de aquellos dramas que interpreta; pero es indudable que no se ha visto precisado á verificar difíciles requisas para tropezarse con más obras de las necesarias al objeto de su campaña escénica.

En Italia, en Francia, en Alemania, en España, en Rusia, en Noruega... en todas las naciones que cultivan con éxito y con seriedad el arte dramático, existen muchos y famosos autores que piden al pueblo y á las criaturas del pueblo, ambiente, sujetos, caracteres, con-

flictos, fuentes de inspiración, materia para moldear sus creaciones.

¿Tendrá por causa este pueblismo teatral— así lo llamaba desdeñosamente un señor concurrente al teatro donde actúa la compañía de Grasso—el capricho, los devaneos de la moda?

En arte, cuando las modas no son más que modas, duran poco y pasan de la dictadura al ridículo, súbito, sin crepúsculo. Ahí están de prueba el snobismo, el satanismo, el decadentismo y otra porción de *ismos* pocos años ha triunfadores, ahora difuntos y enterrados.

Con el pueblismo—usaré el calificativo desdeñosamente boqueado por el espectador de maras—no sucede lo propio.

Hace tiempo que el pueblo y las criaturas del pueblo son protagonistas, sujetos esenciales, causales, en la novela, en el cuento, en el artículo, en el drama, y es ley de verdad añadir que más y más se enseñorean de ellos según que los tiempos avanzan y las nuevas generaciones artísticas advienen.

Ello no es moda. Ninguna moda vive cincuenta años. No es tampoco que hayan muerto las pasiones, y los caracteres, y los conflictos, y los problemas, los manantiales de emoción en las otras clases y que sea el pueblo plantel exclusivo donde brotan lozanos y fecundos.

No será tampoco porque la simplicidad de las pasiones populares hagan más fácil el empeño

artístico. Hoy el pueblo no es sentimiento sólo, es idea; no es resignación, es aspiración; no es mansedumbre, es rebeldía. Esto hace tan complicado el proceso de sus pasiones, como serlo puede el de las del mejor nutrido burgués ó el más refinado aristócrata.

Menos será por el egoísta fin de obtener provechos halagando á las multitudes populares. El pueblo es pobre y, para desgracia suya, aun, en su mayoría, ignorante. Más provechos de toda índole, desde los que representan títulos académicos y grandes cruces y coronillas de laurel, hasta los que se traducen en credenciales y mercedes y billetes del Banco, obtienen los artistas cantando al poderoso que cantando al humilde.

Sin embargo, noveladores, dramaturgos, cuentistas, los que emborronan papel y colorean lienzos, se inspiran frecuentemente en el pueblo para producir y extraer del pueblo la sustancia medular de sus obras.

No es por capricho, no es por moda, no es por conveniencia por lo que los artistas piden al pueblo inspiraciones. Tampoco es porque hallan mayor facilidad en la producción y más seguridades, gracias al rudo, al simplicísimo sentir y accionar del pueblo, en los efectos dramáticos ó cómicos. Eso, todo ello junto, no basta, no bastaría á explicar el hecho.

Hay otra razón; por su obra, políticos, filó-

sofos, economistas, hombres de ciencia y de gobierno, dan al pueblo, en sus respectivas esferas de juicio, de publicidad y de acción, el lugar que antes le negaban.

El pueblo, destinado antes á ser coro ó, á lo sumo, entretenimiento melodramático en la producción teatral, fondo en los cuadros, semiobjeto en la obra filosófica, instrumento en política y en la vida real esclavo sin voluntad y sin poderío, ha cambiado de puesto en las realidades del social existir.

Como individuo, ya no es cosa, es persona; como clase, ya no es multitud, es legión. No siente sólo, piensa; no suplica, exige; no se resigna, se rebela. No significa en la vida social un suplemento aprovechable; significa un advenimiento esplendoroso. Es un pedazo, un enorme pedazo de humanidad abandonado, desposeído, que reclama su puesto, su incorporación á las otras clases para confundirse y hermanarse con ellas, para constituir con ellas la totalidad humana, la verdadera humanidad en que ha de cristalizarse el mundo por venir.

Este advenimiento, esta reincorporación humana que en la vida moderna representa y reclama el pueblo, hace que vuelvan los ojos hacia él políticos, filósofos, economistas. Algo nuevo, poderoso, batallador, aparece en el mundo con resplandores de justicia en la frente y gritos de esperanza en la boca. ¿Cómo no iban á

volver los ojos hacia este algo nuevo los artistas? ¿Cómo no iban á bucear con el corazón mientras los sabios bucean con los sesos en ese mar nuevo, donde rugen todas las cóleras y palpitan todas las esperanzas y se retuercen todas las miserias presentes y vibran todas las justicias futuras?

No es solamente por buscar efectos en las pasiones populares por lo que los artistas piden al pueblo materia en que vaciar sus obras. Es porque el pueblo, con sus luchas, con sus rebeldías, con sus miserias, con sus ansias de redención, con su advenimiento efectivo á la vida social, les ofrece como artistas, inagotable manantial de emociones, y les ofrece como hombres algo más noble, más grande aún: ocasión de poner su arte al servicio de la justicia y al provecho de la humanidad.

Por qué mató Minguito.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

Si no nacieron juntos, juntos y abandonados les dejó desde muy pequeños la suerte en mitad de la calle. Fríos, nieves, lluvias y escarchas las disfrutaban en común; también disfrutaban en común los mendrugos recogidos por su miseria, y el agujero donde entraban, arrastrándose, para dormir. Este agujero, situado en un montículo fuera de la ciudad, era su habitación. En ella moraban algo mejor que los reptiles y un algo peor que los trogloditas.

Sólo una cosa reservaba cada cual para sí: el bote receptor de las recogidas colachas, cuyo tabaco vendían ellos á otros y revendían estos otros por nuevo, lavándolo previamente, aromatizándolo y envolviéndolo en papel con boquilla y áureo escudo.

¡ Poco reían los dos minúsculos compañeros viendo á los señoritos echar vanidosamente á la atmósfera el humo de los tales cigarros!...

Hasta los nueve años partieron el dormitorio por igual; hombro con hombro, sirviendo los brazos del uno de almohada para la cabeza del

otro, transcurrían sus noches sin más contratiempo que algún tropezón brusco dado al revolverse sus cuerpos ó algún sobresalto traído á sus nervios por el roce viscoso de un lagarto trasnochador.

El agujero, ventaja única de su estrechez, era muy abrigado. Cerrando su boca con haces de ramaje, desafiaban los golfetes el frío, el viento y la humedad.

—Aquí dentro—solía murmurar Boliche—el aire se entibia y hasta pesa sobre la carne: mismamente que si fuese una manta.

Minguito escuchaba á su compañero, dos años mayor que él, con gesto aprobatorio. Era de afable condición.

Boliche, más huraña, más egoísta, aprovechaba esta afabilidad para imponer sus voluntades.

Verdad que era más fuerte.; muchas veces salió por Minguito en sus peleas con los golfos, y se les impuso á puñetazos.

El otro, agradecido á la defensa, admirado del vigor de su compañero, se dejaba mandar por él y acataba sus órdenes, siquiera ellas fuesen, en muchas ocasiones, contrarias á la fraternidad que entre ambos estableció la suerte.

Al fin y á la postre se trataba de pequeñas molestias, de concesiones mínimas, que no merecían la pena de enfado y disputa con tan cabal amigo.

Cierta noche Boliche, más grueso que Minguito, no juzgó suficiente para su acomodo la mitad de la cama.

—Córrete un poco más allá—gruñó empujando suavemente á Minguito—. Tu cuerpo es más flaco que el mío. Ocupa tu justo con él y déjame á mí lo que sobra.

Minguito se retiró unas miajas, creyendo que la mayor gordura de Boliche justificaba su proposición; y Boliche durmió aquella noche más ancho y más á gusto.

A poco tiempo ya no se conformó Boliche con el sitio ganado; quiso una cuarta más. Como se negara Minguito á complacerle, conquistó por la fuerza el terreno, empujando bruscamente á su socio contra la pared de la cueva.

El empujón y la pérdida del cacho de terreno, malhumoraron á Minguito; un juramento escapó de su boca; pero tenía sueño, los puños de Boliche se crisparon cerca de sus ojos y los cerró para no ver aquellos puños y se durmió sin más protesta. Después de todo, aún no estaba prensado contra la pared.

Prensado fué á las pocas noches, que Boliche, abriéndose las piernas, poniendo al ancho el corpachón y embutiendo sus nudillos en el estómago de Minguito, le hizo pegarse contra el muro; quiso el perjudicado defender su derecho, y un tremendo puntapié de Boliche sentenció el pleito en instancia última.

—Paciencia—murmuró el aporreado golfillo—. Aún puedo dormir, aunque sea de canto.

Ni de canto lo hizo á las cuatro ó las cinco noches. Noche de frialdades fué; la helada era negra, de esas en que la escarcha borda el suelo con lentejuelas de azabache.

Cuando Minguito, que llegaba al dormitorio con retraso, quiso entrar en él, oyó la voz de Boliche, gruñendo, ahuecada por el tornavoz del boquete:

—¡Eh, tú!... ¡No entres! ¡Se te acabó el entrar aquí! Quiero pa mí solo la cama. Busca otra.

—¡Pero!...

—Ni pero, ni pera—exclamó Boliche, saliendo de la cueva—. ¡Largo! De aquí dentro no tendrás ni un granito de arena. ¡Largo, que todo me hace falta!...

Y acompañando el discurso con un revés que tendió á Minguito cuan largo era, retornó al agujero.

Minguito quedó inmóvil, tumbado encima de la escarcha, dejando que el hielo le envolviese como un fanal mortuario.

De repente se incorporó; sus ojos relampaguearon con ira; rechinaron sus dientes; enderezó el busto y puso oído á la covacha. Boliche roncaba dentro de ella.

Minguito, abriendo una navajilla que guardaba entre sus harapos, entró por el boquete,

arrastrándose con deslizamiento de reptil; llegó junto á Boliche y le hundió la hoja en la garganta. No hubo en el durmiente más que una total sacudida. Minguito, cogiéndole por una pierna, le sacó de la alcoba y le dejó sobre la escarcha que bordaba el suelo con lentejuelas de azabache.

—¡A ver!—dijo—. ¡Se empeñaba en quererlo pa él to!... Al menos esta noche podré dormir á gusto.

Y, doblando en ángulo el brazo asesino, le hizo almohadón de su cabeza.



Colgajos de hielo.

En las bocas de riego cristaliza el agua, volviéndose rodajas de cristal raspado; barro duro y lechoso forma sobre las entreaceras; los tazones de las fuentes públicas son bloques de hielo; hielo sudan las escultóricas imágenes que adornan esas fuentes; los árboles retoñan, sólo que su extemporánea primavera se traduce en hojas y tallos de vidrio; del cielo azul, limpio, descienden asesinatoras frialdades; el sol brilla sin calentar; es como hembra hermosa sin alma, enardece momentáneamente las epidermis, pero no se mete en las entrañas. Tal que los besos de estas mujeres en los labios, tocan los rayos de este sol en la tierra, sin traspasar la superficie.

El termómetro, colocado en mi balcón, al aire libre, marca seis grados sobre cero; acabo de mirarlo; he mirado después á mi espíritu y marca grados bajo cero también. Dicen que una onda fría viene desde el Norte pronta á congelar Europa entera. ¿De dónde vendrá esta onda glacial que congela mi espíritu?

Salgo á la calle. Las obras están paralizadas. De los andamiajes cuelgan anchos lagrimones de escarcha: los rayos del sol hacen de los lagrimones joyería.

Multitud de carruajes suben y bajan por las vías centrales de Madrid, delatando con el lujo de sus arreos la riqueza de sus ocupadores. La piel de los caballos humea; sus narices se entreabren despidiendo chorros de vapor; sus cascos chocan metálicamente contra el suelo.

Tras los empañados cristales véanse hombres envueltos en gabanes de pieles; mujeres que en pieles y terciopelos aforran sus perezosas carnes. Para éstos no hay frío. El frío es una diversión, un espectáculo, y van á disfrutarlo en sus confortables vehículos.

Un grupo que aparece en la calle atrae mi atención. Lo componen treinta ó cuarenta obreros.

Por todo abrigo usan remendadas chaquetas y rotos pantalones. En sus rostros palidecen el frío y el hambre; en sus dedos bermejea el hambre entumecedor. Cuatro de ellos llevan una manta sujeta por las puntas. Los otros tienden sus manos á la gente.

Piden limosna. El frío detiene el trajín de las obras y, suprimiendo la faena, suprime el jornal de los trabajadores. Niños, viejos, mujeres, tiritan en homicidas cuchitriles aguardando el pan y la lumbre. Los varones, los

fuertes, no pueden llevarlo por mérito de sus brazos puestos á interés, y piden á la caridad lo que la justicia no logra darles aún, lo que el trabajo les rehusa.

Piden con los rostros lívidos, los cuerpos temblones, la miseria en el traje, el hielo en la sangre y la desesperación en el alma.

Piden. Algunos sujetos compasivos les entregan una moneda. La moneda cae en la manta y la triste procesión continúa su viaje.

De vez en cuando un coche abre con su lanza pulimentada el grupo. El grupo cede sin resistencia. Pero de los ojos de los hombres brotan rayos sombríos que entran derechos por los cristales de las portezuelas. Aquellas miradas llevan lumbre en sus rayos; son la única nota de calor que palpita en la atmósfera; sólo que esté calor no alegra, aterroriza; es fuego, sí, pero fuego de rebeldía y odio.

Aun así y todo, dura poco. Los trabajadores inclinan la cabeza y siguen su viaje de mendigos.

Igual iban en Francia años antes del 89. Entre nieve y hielo pasaban los ricos encerrados en sus carruajes; los pobres envueltos en jirones. Un día los hambrientos, los ateridos, se lanzaron contra los carruajes y los convirtieron en astillas y transformaron las astillas en hoguera para calentar sus cuerpos astrosos... Fué un toque de aviso, que diez años más tarde

se convirtió en toque de guerra. En Madrid no hemos llegado á tanto. Allá, en las viviendas homicidas, tiemblan de hambre y frío las criaturas de los obreros mendicantes. Estos no amenazan, suplican. A una intimación de los guardias, se dispersan, para reunirse mansamente más lejos.

Si la humildad y la resignación y la paciencia constituyen actos de heroísmo, los tales obreros son héroes.

Miserables héroes que siguen mendigando por las aceras, mientras los fastuosos vehículos voltean por el asfalto de la vía.

\*  
\*\*

Anochece. Delante de mí va una mujer. Es alta, esbelta. El busto se yergue con juveniles arrogancias; las caderas oscilan con gracioso vigor; el andar es firme; el pie menudo; el arranque de la pierna lascivamente praxitélico.

Me adelanto para mirarla bien. Es bella. El pelo rubio se ahueca bajo el falso encaje de la toca; los azules ojos tienen á la vez gracia y dulcedumbre; la naricilla se remanga con respingo sensual; los labios son rojos, apuntando van una sonrisa; entre ellos asoma la nacarina dentadura; la barba, redonda, de suavísimo curvamiento, se difumina sobre una gar-

ganta de Rebeca. Contará los veinte años, el pleno señorío de la hermosura femenil.

La hermosa va en cuerpo. Una chaqueta de merino se aprieta contra su poderoso busto; una piel calva se arrolla á su garganta; una falda percaleña descende desde su cintura á sus pies, calzados por botas de torcidos tacones y desgastada suela.

La muchacha es pobre. El frío y el hambre deben morder sin piedad en su cuerpo. ¡ Frío y hambre!... ¡ Y los sufre! ¡ Le sería tan fácil, con su juventud y con su belleza, cambiar frío y hambre por hartura y calor!

Ella, la hermosa, prefiere ser honrada. Lo es. No necesita que certifique su buena conducta el alcalde del barrio. Lleva el certificado en su chaqueta raída y en su faldilla de percal.

La muchacha es otra heroína.

\*  
\*\*

¡ Héroes!... ¡ Mártires!... ¿ Por qué ha de haberlos entre los hombres? ¿ Por qué exigirles que lo sean? No es para todos serlo. Sería mejor que no hubiera para nadie ocasión de serlo; que no pudiera ofrecerse el caso de que rodaran coches de lujo entre obreros sin faena y pasasen hombres acarterados junto á hembras sin pan.

Ciertos espectáculos hielan más la concien-

cia y la sangre que las frialdades de la atmósfera y los alentares del hielo.

¿Verdad que sí? ¿Verdad que es muy triste leer que un varón ha muerto de frío y que una mujer se ha entregado por hambre?

La máscara azul.

Bajo el calzón de seda azul, lustroso y crujiente se dibujaban las curvas venusianas del muslo. Era éste carnososin gordura; de la dureza suya daba claros indicios el estiramiento del calzón. Encajes marfileños caían sobre la redonda pantorrilla. A la mitad de ella trepaban las botas celestes, ceñidoras de un breve pie, más breve aún por virtud de unos altos tacones Luis XV.

Sin moda precisa, pero de airoso y gallardo corte, era la entrechupa y justillo que se apretaba contra el cuerpo gentil, celestineando sus juveniles atractivos; como espuma en ola temblaban los encajes blancos sobre las turgencias del pecho, y por los que en el cuello se acaracolaban, surgía la cabecita pelinegra, iluminada por una sonrisa granujona y por dos ojos retadores.

Era una cabecita madrileña, entrelarga, cubierta de gozadoras palideces; los ojos iban y venían como pájaros cautivos, ansiosos de volar tras los retorcidos pestañales; la nariz se remangaba, dilatando sus ventanillas de trans-

parencias color rosa; la boca, grande, sonreía, más que por sonreír, por enseñar los dientes albos, fuertes, puntiagudos; aquellos dientes al ofrecer caricias amagaban con el mordisco. Las negruras del pelo ponían marco justo á esta fisonomía rufanesca y sensual.

Rico disfraz el de la máscara. Yo, al verla cruzar presurosa la calle de Alcalá, hollando la nieve que el viento frío de la noche empujaba contra la tierra, busqué con mis ojos el coche que la transportara á tal sitio desde su vivienda lejana. Hasta imaginé en ella una gran dama que, por capricho ó refinamiento, iba á enfangarse en un baile cualquiera, entre la canalla bailadora, imitando á las antepasadas suyas, que ilustraron con sus escándalos las Cortes de Carlos IV y de Fernando VII.

No había coche alguno en las proximidades. La máscara del lujoso disfraz venía á pie, hollando con sus pies menudos, calzados por las altas botas Luis XV, la nieve menuda, que al deshacerse en agua convertía el piso en un fangal.

Con tan elegantes arreos y tan deliciosa figura, iba á pie la máscara azul, envuelta por los remolinos de la nieve, azotada por el aire de hielo que gruñía hostil en el espacio.

A pie iba; no envuelta en abrigo de pieles que la defendiesen contra el frío. ¡Abrigo!... Si concedemos los honores de tal á una to-

quilla rota que se recogía contra los hombros de la máscara, abrigo llevaba ella. Si no, iba á cuerpo, con la redonda pierna al aire y el desnudo cuello entregado á las caricias de la nieve; así iba por la ancha calle de Alcalá, camino del teatro de la Zarzuela, de par en par abierto á bailarines y curiosos.

Máscara graciosa, elegante máscara azul, yo forjaba para ti una leyenda, una fantasía. En ella eras tú buscaplaceres señoril, dama, harta de manjares insípidos, que se decidía á buscar los manjares fuertes entre vahos de alcohol y de perfumes vulgares.

No. Tu leyenda es otra. Triste leyenda que consiste en dejar mantón y ropa de diario en una tienda de disfraces; en ceñirte rico traje de seda azul y encaminarte á cuerpo, con la toquilla rota por único abrigo, al pordioseo de unos duros que te ofrezca un borracho en trueque de tu sonrisa granujona y de tus ojos retadores.

¡Bien se disfrazan la miseria y el hambre en los días de Carnaval! ¡Grandes artifices de máscaras son ellos!... No era fácil reconocerlos bajo aquella imagen juvenil, tras aquel traje de brilladora seda azul.

Y la máscara azul se fué alejando lentamente, y antojóseme ella, á la distancia, un cacho de cielo desprendido, que la nieve del cielo iba ensudariando poco á poco...